



La fe en el Dios Trino

Santísima Trinidad
Jn 3,16-18

El cristianismo está lleno de misterios. Pero el misterio central y a la vez más profundo, que anuncia el cristianismo, es el misterio que celebramos hoy: la Sma. Trinidad.

Todos los demás misterios nacen de éste, y todos, sin excepción, desembocan en él. Y este misterio fundamental vive en el cristianismo, desde la época de los apóstoles hasta hoy. También cada uno de nosotros conoce esta verdad de un solo Dios, en tres personas.

La señal de la cruz.

El símbolo más cercano del Dios Trino en nuestra vida cristiana es el signo de la cruz. Lo acompañamos con la invocación del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. De este modo, la señal de la Cruz significa el reconocimiento del misterio central de nuestra fe.

La cruz, como sabemos, es el símbolo del Redentor y de la redención. Y la redención es obra de las tres Personas Divinas, pues a cada una le toca un papel diferente: el **Padre**, quien es la fuente y el origen de todo, entrega en un acto heroico a su único Hijo para que salve al mundo. El **Hijo** ama tanto el Padre y a los hombres que acepta esta misión salvadora y se entrega a sí mismo, hasta la muerte en la cruz. El **Espíritu Santo** tiene a su cargo llevar a término la obra del Hijo, a través de los tiempos: es Dios que guía y gobierna la Iglesia; es Él que habita y actúa en nuestras almas.

Todo esto debiera resonar cuando trazamos el signo de la cruz. Así, es como un compendio de nuestra fe. Solo una fe viva y profunda en la Sma. Trinidad ha podido crear este símbolo. Y nosotros, la hemos conservado como tal, pero su rico contenido, por la general, lo hemos olvidado. Para muchos cristianos ya no es una expresión de pujante vida de fe, sino simple rutina y costumbre religiosa.

¿Quién de nosotros puede decir que ama tanto la señal de la cruz, como la amaron los primeros cristianos, o simplemente, como nuestros abuelos, esos hombres y mujeres que vivieron realmente la fe? ¡Cuántas veces hicieron ellos la señal de la cruz! La consideraron como una protección contra la influencia del demonio, una ayuda en todas las tentaciones. Así vivieron nuestros antepasados, así vivió la antigua cristiandad la entrega al Dios Trino.

¿Quién nos da la fe en el dios Trino?

Y a nosotros, ¿quién debe regalarnos esa misma fe viva, ese amor ardiente a las personas divinas? Ésta es la tarea del Espíritu Santo. Él vino el día de Pentecostés nuevamente a nuestro interior, para purificarnos, transformarnos e inflamarnos con su

fuego, con su fuerza creadora. Él debe penetrar totalmente nuestra alma, para que aspire a lo eterno, lo infinito, a la Sma. Trinidad, y para que encuentre allí su punto de descanso en el seno del Dios Trino.

Con nuestro entendimiento humano, jamás seremos capaces de comprender el misterio fundamental que celebramos hoy: tres Personas y un solo Dios, unido desde siempre y para siempre. Nunca lo captaremos, ni con nuestros sentidos naturales, ni con la inteligencia humana. La fe puede anunciarnos el hecho como tal, pero verlo, penetrarlo totalmente, no lo podremos. Incluso cuando lleguemos a la eternidad, podremos ver a Dios inmediatamente, lo podremos gozar, pero no podremos penetrarlo totalmente.

En esto está lo duro y difícil para nuestra inteligencia humana. Y muchos de nuestros contemporáneos se quiebran en esto: su orgullo humano se resiste contra este misterio. Y sin embargo, en ello consiste el distintivo del gran hombre y auténtico cristiano: subordinarse fielmente a Dios, inclinarse ante el Dios misterioso.

Momento de renovar nuestra fe.

Me parece, por eso, que esta fiesta de hoy nos invita a renovar nuestra fe en la Sma. Trinidad: fe en el Dios que nos ha creado, nos ama y nos salva; fe en que somos hijos del Padre, hermanos de Jesús y templos del Espíritu Santo; fe en que Él mismo nos llama a construir su Reino.

Queridos hermanos, dentro de un instante vamos a confesar, como en cada misa dominical, nuestra fe en el Dios Trino, en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo. ¡Qué sea expresión de una fe viva, que se manifieste no sólo en ese momento solemne, sino también en nuestra vida cotidiana - hasta el último día de nuestra existencia terrenal. Entonces, nuestro Dios nos acogerá en su seno, para compartir, junto a Él, toda una eternidad.

¡Qué así sea!
En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.
Amén.

Padre Nicolás Schwizer
Instituto de los Padres de Schoenstatt